Tema 19. **¿QUIÉN ERA EL DISCÍPULO AMADO?**

Los hombres del maestro

Según el Evangelio, Jesús eligió a doce apóstoles para que estuvieran con él, lo acompañaran durante su vida, y fueran después a anunciar el mensaje que le habían oído predicar. Y cuando queremos enterarnos cómo se llamaban estos doce apóstoles, basta con recurrir al Nuevo Testamento. Allí, cuatro libros nos dan la lista completa de sus nombres: el Evangelio de *Mateo* (10,2-4), el de *Marcos* (3,16-19), el de *Lucas* (6,14-16) y los *Hechos de los Apóstoles* (1,13). El único evangelista que no transcribe el elenco de los apóstoles es **san Juan**. No obstante esto, en los distintos episodios de su evangelio los va mencionando, incluso muchas más veces que los otros evangelistas. De esta manera, y aunque el Nuevo Testamento no coincida del todo en los nombres, sabemos que aquellos doce apóstoles se llamaban: **Simón Pedro** y su hermano **Andrés**, **Santiago** y su hermano **Juan**, **Felipe** y **Bartolomé**, **Tomás** y **Mateo** el cobrador de impuestos, **Santiago** hijo **de Alfeo** y **Tadeo**, **Simón el zelote**, y finalmente el traidor **Judas Iscariote** (Mt 10,2-4).

El innominado

Pero además de estos hombres, que constituían el entorno de Jesús, y cuya identidad nos revelan las listas, aparece en el cuarto evangelio un misterioso personaje. Se trata de alguien muy cercano al Maestro, que comparte con él sus momentos más íntimos, que figura hasta en los últimos versículos del Evangelio, pero cuyo nombre no es jamás mencionado. Simplemente se lo designa como *"el Discípulo Amado"*. Ningún otro Evangelio, fuera del de Juan, alude a su presencia ni a su existencia. **La primera vez** que lo vemos aparecer es en la última cena (13,23-26), cuando reclina su cabeza sobre el pecho de Jesús, y éste le revela en privado quién lo estaba por traicionar. Luego se **lo vuelve a mencionar** cuando Jesús está agonizando en la Cruz (19,25-27). Allí el Discípulo Amado es el único de los apóstoles que se encuentra a su lado, acompañando al Maestro en su tormento, y recibe de él el encargo de cuidar a María a quien acoge como madre.

Sus seis apariciones

La tercera vez que aparece es el domingo de Pascua, cuando se difundió la noticia de que había desaparecido el cadáver de Jesús. El Discípulo Amado, entonces, corre hasta el sepulcro, y al verlo vacío cree en la Resurrección del Señor, cuando los demás están desconcertados y no podían siquiera imaginar semejante portento (20,2-10). **Al final ya del Evangelio** (21,7) el discípulo al que Jesús amaba se encuentra pescando en una barca junto con Simón Pedro y los otros discípulos. Cuando aparece Jesús resucitado al pie en la orilla, es el único que lo reconoce, y se lo dice a Pedro. **El quinto episodio** lo muestra al Discípulo Amado siguiendo de atrás y muy de cerca de Pedro y a Jesús, y sobre él profetiza el Señor diciendo que es capaz de hacerlo permanecer en este mundo hasta su segunda venida (21,20-23). **El último dato** que tenemos sobre su persona es que él constituye la fuente de información de las cosas que han sido narradas en el Evangelio (21,24). En total se cuentan seis apariciones de este extraño personaje, de quien no se nos da absolutamente ninguna información, ni cómo fue llamado, ni su patria, ni su familia, ni su profesión, ni su temperamento, sino únicamente que contaba con el particular privilegio de ser especialmente amado por Jesús.

Una propuesta con causa

¿Quién es este enigmático discípulo, que se presenta siempre en los momentos claves del Evangelio y muestra un estrecho vínculo con Jesús? ¿Es uno de los doce apóstoles que conocemos? ¿Se trata de algún otro servidor del Señor de quien no nos ha llegado ninguna otra seña particular? A lo largo de los siglos los estudiosos de la Biblia han sugerido las más variadas soluciones para resolver este misterio, y las opiniones de los exegetas se han dividido al respecto.

Un grupo supone que se trata de **Lázaro**, aquel joven a quien Jesús resucitó después de cuatro días de muerto, porque es el único personaje masculino del Evangelio del cual se dice que Jesús lo amaba, y lo repite cuatro veces (11,3.5.11.36). Además, el Discípulo Amado aparece sólo después de la resurrección de Lázaro. Hasta han llegado a suponer que el Discípulo Amado fue el primero en reconocer a Cristo Resucitado precisamente porque era Lázaro, que ya había pasado por la misma experiencia.

Dificultades que pesan

Pero es inadmisible que, de una misma persona, a veces se hable anónimamente (Discípulo Amado) y otras veces con su nombre (Lázaro) sin advertirnos que es la misma, cuando los evangelios son tan cuidadosos en evitar confusiones entre los apóstoles. Por ejemplo, vemos que para diferenciarlos entre ellos suelen agregar al nombre propio algún otro dato, como el nombre de sus padres, o su patria, o su actividad (como cuando se distingue a Santiago "hijo de Alfeo"; de Santiago "el menor"; Judas "hermano de Santiago" y Judas "Iscariote"; Juan hijo de Zebedeo" y Juan "el bautista"). Además, el Discípulo Amado estuvo en la última cena reclinando su cabeza en el

pecho de Jesús. Y sabemos por Mateo (26,20) que de ella participaron solamente los doce apóstoles, a los cuales no pertenecía Lázaro. Por lo tanto, se hace difícil defender esta solución.

Otros rechazados

Otro candidato sugerido es el **joven rico** (el que un día le preguntó a Jesús qué debía hacer para ganar la vida eterna), ya que el Evangelio afirma que Jesús *«mirándolo, lo amó»* (Mc 10,21). Pero no parece probable que el discípulo al que tanto amaba Jesús sea precisamente el único que en todo el Evangelio rechazó la invitación de seguir al Señor, prefirió sus riquezas y se alejó de él. Peor aún, lo tomó como ejemplo de las nefastas consecuencias que el apego a las riquezas puede traer a un hombre. ¿Cómo va a resultar el preferido por Jesús, amándolo más que a los otros que lo habían dejado todo por él?

Un tercero que ha sido propuesto es **Natanael**, aquel discípulo de quien, cuando Jesús lo vio le dijo que era *«un verdadero israelita, en quien no hay engaño»* (Jn 1,47), y el que proclamó a Jesús como Hijo de Dios y Rey de Israel. El principal obstáculo para aceptarlo es que sólo san Juan lo menciona, y ninguno de los otros tres evangelios habla de él; ni siquiera saben que haya existido un discípulo llamado Natanael. ¿Cómo pudo haber estado tan cerca del corazón de Jesús y ser ignorado por los otros evangelistas y los demás libros del Nuevo Testamento?

Las sugerencias unánimes: Juan

Pero de todas las propuestas que se han hecho, la que más peso parece tener en la aceptación popular es la que sostiene que el Discípulo Amado es **el apóstol Juan**, al que se atribuye también la redacción de cuarto Evangelio. En primer lugar, porque está avalada por una antiquísima tradición. Ya en el siglo II san Ireneo afirmaba que Juan, el discípulo del Señor que se reclinó sobre su pecho, escribió el cuarto Evangelio. Ninguna otra hipótesis cuenta con una tradición de tanta antigüedad. En esa misma época Polícrates, obispo de Éfeso, sostiene la misma noticia. Y desde entonces, en una cadena ininterrumpida que llega hasta nuestros días, se ha ido sosteniendo que era Juan el Discípulo Amado, al punto tal de acallar prácticamente todas las voces discordantes.

Silencio que hace pensar

Esta hipótesis parece corroborada por un detalle curioso del cuarto Evangelio: es el único que no nombra nunca al apóstol Juan. Silencio éste verdaderamente sorprendente, dado que menciona a los demás apóstoles (Simón Pedro, Andrés, Felipe, Tomás) muchas más veces de lo que lo hacen los otros tres Evangelios. En cambio sobre Juan guarda un absoluto silencio. Esto ha sido interpretado en el sentido de que el mismo autor, Juan, el discípulo amado, por modestia y humildad ha querido callar su nombre, a fin de no poner en evidencia ante los demás esta predilección especial del maestro por él, y ha preferido, en una discreta alusión anónima propia de su alma delicada, darse el apelativo de "Discípulo Amado". Además nos consta, por los otros Evangelios, que Juan pertenecía al grupo de los tres preferidos de Jesús (junto con Pedro y Santiago), los únicos que presenciaron su transfiguración (Mc 9,2), la resurrección de la hija de Jairo (Mc 5,37), su agonía la noche antes de la crucifixión (14,33), los únicos a los cuales les cambió el nombre (Mc 3,16-17), y a los que, con Andrés, les contó los pormenores del fin del mundo (Mc 13,3). No es extraño, pues, que de entre ellos Jesús hubiera privilegiado a uno: a Juan.

Cuando la hipótesis hace agua

Sin embargo a estas afirmaciones e indicios se oponen algunos argumentos que llevan a cuestionar la figura del discípulo Amado. En primer lugar, si Juan, el mismo autor del Evangelio, es el Discípulo Amado, ¿se habría llamado "el Amado" de Jesús, como diciendo: "yo era su predilecto, sólo a mí me quería y me prefería por sobre ustedes?" ¿Se habría elegido como el héroe del Evangelio, el ejemplo más perfecto de apóstol? ¿No hubiera sido una muestra de arrogancia enorme, más que de humildad como dicen los que sostienen esto? Pero sobre todo, la diferencia de carácter que encontramos en ambos personajes es lo que nos desaconseja identificar al apóstol Juan con el discípulo Amado.

Juan aparece en los Evangelios como un hombre ambicioso, de temperamento explosivo, con un corazón intolerante. Tan violento, que estaba dispuesto a hacer desaparecer una aldea samaritana con fuego del cielo porque no los quisieron recibir cuando iban camino de Jerusalén (Lc 9,54). Tan ambicioso, que pidió ocupar junto con su hermano los primeros puestos en el Reino que Jesús estaba por fundar (Mc 10,35-37). Tan exclusivista, que una vez prohibió a alguien curar a un enfermo en el nombre de Jesús porque no pertenecía a su grupo, lo que le valió la reprensión de Jesús (Mc 9,38).

En cambio la figura del Discípulo Amado es la figura cabal, perfecta, ideal del discípulo. Es el único de los apóstoles que nunca aparece fuera de lugar, ni es reprendido por Jesús. Es particularmente esto último lo que nos termina de convencer de que no se trata de Juan. Y quizá de ninguno de los demás discípulos conocidos. Es demasiado perfecto, demasiado brillante. Cumple siempre una actuación tan correcta y virtuosa que no parece ser alguien real del círculo de Jesús.

La mejor solución

"Si el evangelista no nos da su nombre, no debemos intentar preguntar quién es", afirmaba san Agustín. Pero quizá todo este análisis que hicimos nos esté dando la clave para la respuesta: el Discípulo Amado, así como está relatado en el Evangelio, **está idealizado**. Por eso aparece como el perfecto discípulo cristiano que acompaña a Jesús en su dolorosa cena y que se sienta tan cercano a él que es capaz de reclinar la cabeza sobre su pecho para escuchar las confidencias últimas que el Maestro le hace, mientras los demás están distraídos discutiendo sobre los primeros puestos (13,25). Es el único que no tiene miedo de acompañarlo en la Cruz cuando todos lo abandonan, de seguirlo hasta las últimas consecuencias, no sólo cuando era aclamado por las multitudes. Y en premio a su perseverancia recibe de regalo la maternidad de María (19,26). Cuando el domingo de Resurrección, todos están desconcertados, sin saber qué ha sucedido con el cadáver de Jesús, es el único que cree en su resurrección con apenas mirar el interior de la tumba (20,8). Es el que tiene los ojos tan puros, que lo descubre desde lejos en la pesca milagrosa cuando nadie lo reconoce (21,7).

Un retrato para todos

Es el que sigue de cerca a Jesús, y también a Pedro, es decir, a la jerarquía de la Iglesia, sin creerse él, por más amado que hubiera sido, con poder de mando ni de superioridad en la comunidad (21,20). Es, en fin, el capaz de dar testimonio de lo escrito en el Evangelio, porque toda su vida fue un vivir lo que predicaba (21,24). El autor del cuarto Evangelio, pues, al presentar la figura del discípulo al que Jesús amaba no intentó presentar una persona histórica, ni quiso retratarse a sí mismo, *sino a **todos aquellos** que a lo largo de la historia se esfuerzan por vivir como el Maestro ordenó. Ellos son los verdaderos discípulos. Ellos son los Amados de Jesús.*

De alguna manera, Juan ha querido proceder como esos fotógrafos que para hacer más atrayente el retrato presentan la fachada en cartón de algún personaje sin cabeza. Allí uno con sólo colocar su propio rostro puede aparecer en la foto como si fuera suya la figura. *También el Evangelio ofrece, en la presentación de este discípulo, un personaje sin rostro, anónimo, en donde cada uno de nosotros, con sólo seguir de cerca al Maestro y vivir como él ordenó, puede colocar en ella su cabeza y convertirse en el Discípulo Amado de Jesús*.

AAV

μενοῦν μακάριοι οἱ ἀκούοντες τὸν λόγον τοῦ θεοῦ καὶ φυλάσσοντες
*Más bien, dichosos los que escuchan **La Palabra** de Dios y la practican*